

## **DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 2, 42-47): *Los creyentes vivían unidos.*

**Salmo** (117, 2-4.13-15.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

**2ª lectura** (1ª Pedro 1, 3-9): *Nos ha hecho nacer a una vida nueva.*

**Evangelio** (Juan 20, 19-31): *Dichosos los que crean sin haber visto.*

*En todas las etapas de la historia encontramos indicios suficientes para afirmar con fundamento la actividad religiosa de los hombres que las han protagonizado. Podemos afirmar que desde que el hombre está sobre la tierra ha buscado a Dios. Desde las pinturas rupestres tenemos restos religiosos que nos recuerdan la búsqueda que plasma que el hombre ha tenido conciencia de un ser superior: bien sea un mundo de espíritus, divinidades de la naturaleza, etc.*

*Cuando ya el hombre ha creído haber encontrado a Dios, o a ese mundo divino, entonces ha pretendido que este ser superior morase en la tierra para tener así un dios cercano, y, para ello, comenzó a construir dólmenes (Antequera, Norte de Galilea); templos (Egipto, Mesopotamia, Persia...); mausoleo (Petra); mezquitas, catedrales..., templos y monumentos de todo tipo, consagrados a las distintas divinidades, incluidos los monumentos funerarios. Siempre hemos querido encontrar a Dios en la grandeza de la opulencia, y lo hemos querido revestir de oro y materiales preciosos.*

*Y esta ha sido la gran tragedia del hombre: que ahí no hemos podido encontrar a Dios; ahí hemos encontrado a los ídolos que hemos fabricado en provecho propio, los ídolos que nos han empujado a los conflictos más terribles: las guerras de religión. ¡Cuántas barbaridades se han hecho en nombre de Dios!*

*Por eso, nosotros, si queremos tener un encuentro con Dios, no podemos buscarlo entre las riquezas y los poderes de este mundo, solo lo encontraremos cuando seamos capaces de acercarnos, a tocar las cicatrices del dolor, del dolor de tantos hermanos nuestros que llevan hoy en su cuerpo las llagas de Cristo, que se las han hecho no en el Pretorio o en el Gólgota, sino en nuestras ciudades y por las sociedades que nosotros hemos generado, o en las persecuciones religiosas de hoy: en los barrios de chabolas de las periferias de nuestras ciudades; en las vallas de las fronteras, donde llegan hombres huyendo de la guerra y del hambre, que se lleva por delante a miles de personas cada día.*

*Estas son las cicatrices del dolor hoy día. Solo si somos capaces de tocarlas con nuestra cercanía y solidaridad es como podremos tener un encuentro real con Cristo resucitado y podremos decirle, con la conciencia limpia, las palabras de Tomás: ¡Señor mío y Dios mío!*

Nos recuerda el evangelio que los discípulos estaban encerrados por miedo a los judíos, han vivido la experiencia de la persecución, del arresto del Maestro y de la cruz y esto fue para ellos algo que los descentró, un escándalo. Habían confiado plenamente en el Maestro y este les había fallado.

Es cierto que Él se lo había anunciado, pero ellos no le habían entendido. Y como todavía no han recibido el Espíritu, todo esto los tiene paralizados por el miedo, y hace que se mantengan con las puertas cerradas. Entonces Jesús aparece en medio de ellos, y nos dice el evangelio que se llenaron de alegría al ver al Señor; es la alegría de la pascua, el gozo del discípulo que se encuentra con el Resucitado.

Seguidamente, el Señor les desea la Paz. Esta paz es el primer don de la Pascua, por eso los apóstoles son enviados con la fuerza del Espíritu para ser constructores de paz. En esta primera aparición del primer día de la semana no estaba Tomás con ellos, y este no quiere creer si no experimenta personalmente la presencia de Jesús. A los ocho días el Señor se manifiesta nuevamente en medio de ellos, esta vez estando Tomás, y el Señor le reprocha a este el no haber creído el testimonio de sus hermanos. Tomás cuando toca las llagas, las cicatrices del dolor y de la muerte es capaz de hacer la confesión de fe más perfecta de todo el Nuevo Testamento: *«Señor mío y Dios mío»*.

Es la confesión de la fe Pascual a la que sigue una bienaventuranza que cierra el relato: *«Dichosos los que crean sin haber visto»*. Esta fe confesada por Tomás es la fe de la Iglesia que es el pueblo que nace de la Pascua. La proclamación del mensaje pascual y su aceptación es lo que crea la comunidad, la Iglesia que ha sido enviada con la fuerza del Espíritu, a hacer visible el rostro de Cristo ante todos los hombres.

Así también, si somos capaces de hacer, como los apóstoles, que acudamos a compartir lo nuestro para satisfacer las necesidades de nuestros hermanos, entonces también los hombres y mujeres de nuestro tiempo podrán ir, por nuestro testimonio, al encuentro de Cristo resucitado.